

BORSARI, Elisa y ALVAR NUÑO, Guillermo (coords.), *Tradición clásica y literatura medieval*, San Millán de la Cogolla, Cilengua, 2021, 477 pp. ISBN: 978-84-17107-98-7.

La conjunción de los rótulos «tradición clásica» y «literatura medieval» no siempre ha sido percibida como algo natural por los filólogos. La gran influencia que desde el siglo XIX ejerció la obra de Burckhardt *La cultura del Renacimiento en Italia*, con su énfasis en la discontinuidad entre el período medieval y el humanismo renacentista, acompañado de una estrecha conceptualización de este último movimiento como «resurgir de la Antigüedad», había supuesto la divulgación de una imagen de la Edad Media como oscuro paréntesis histórico en que la herencia clásica se habría eclipsado casi por completo. Sin duda fue la magna obra de Curtius, *Literatura europea y Edad Media latina*, la que se encargó a mediados del pasado siglo de corregir este falso énfasis y de salvar los hiatos que la historiografía y la filología tradicionales habían abierto entre los mundos antiguo, medieval y moderno. Esta nueva noción de continuidad cultural abrió un floreciente campo de estudio que, con honrosas excepciones, hasta entonces había pasado casi desapercibido: en este programa de recuperación de la tradición clásica en la investigación sobre la literatura medieval hay que situar el libro que ahora reseñamos, que prolonga trabajos previos coordinados por la profesora Borsari acerca de la traducción en la Edad Media.

Precisamente la ponderación de la importancia de esta labor traductora sirve para introducir la temática del volumen colectivo en el primero de sus capítulos, «Los clásicos durante la Edad Media». Un repaso general por el panorama de la traducción medieval sirve para confirmar la preeminencia de las letras latinas, que constituyen la fuente principal de los romanceamientos del período. De este modo, la supremacía cultural del latín permite a los dos coordinadores del volumen constatar que «el estudio de la literatura en la Edad Media se topa una y otra vez con el muro de la latinidad» (p. 15). Una latinidad que, comprendida fundamentalmente como canon de *auctores* antiguos, se va ampliando progresivamente para recoger asimismo a autoridades tar-

doantiguas y medievales que adquieren un estatus similar al de sus pares en la Antigüedad grecolatina. El lento despertar de las lenguas romances y sus respectivos espacios culturales literarios se verá mediado, en consecuencia, por la impronta de la cultura latina antigua y medieval.

El capítulo sobre la materia troyana en la Edad Media corre a cargo de María Sanz Julián, quien trae un panorama exhaustivo de la cuestión. A falta de un buen conocimiento del original griego, tres fueron las fuentes latinas antiguas que acercaron el mundo homérico al medieval: la *Ilias latina*, el *Ephemeris belli Troiani* (atribuido a Dictis Cretense) y *De excidio Troiae Historia* (atribuido a Dares Frigio). Estas fuentes antiguas dieron lugar a numerosas versiones y adaptaciones en la Europa medieval, entre las que destacan la *Historia destructionis Troiae* de Guido delle Colonne, *De bello Troiano* de Joseph Iscanus y, ya en lengua vernácula, el *Roman de Troie* de Benoît de Saint-Maure. Esta última obra fue traducida al castellano hacia 1350 por iniciativa de Alfonso XI, al tiempo que la *Historia troyana polimétrica* vertía parcialmente la *Historia destructionis Troiae*. Hay que esperar hasta el siglo XV para encontrar las primeras versiones castellanas de la *Ilias latina*: la de Juan de Mena y la de Pedro González de Mendoza. La obra de Guido delle Colonne gozó de especial fortuna, primero con la versión del importante prehumanista aragonés Juan Fernández de Heredia y después con la anónima *Crónica troyana* estampada por Juan de Burgos hacia 1490.

Aristóteles fue, como es sabido, el Filósofo por antonomasia en toda Europa; a analizar su prolongada fortuna medieval está dedicado el capítulo que firma María Díez Yáñez. La península ibérica ocupó un puesto muy relevante en esta difusión gracias a la labor de la llamada escuela de traductores de Toledo, en cuyo seno Domingo Gundisalvo dio por primera vez a la metafísica un tratamiento como disciplina filosófica individualizada. El filtrado de las ideas aristotélicas por la tradición árabe y judía también ocasionó que el aristotelismo heterodoxo, después condenado en París, prendiera en el entorno de León durante el siglo XII, según nos informa Lucas de Tuy. Una atención especial merecen a Díez Yáñez las traducciones de los tratados aristotélicos sobre ética y



política, que motivarían la célebre discusión entre Alfonso de Cartagena y Leonardo Bruni. Este último había propuesto una traducción directa del griego de la *Ética* y de la *Política*, mientras que la tradición medieval seguía valiéndose de las traducciones latinas de estas obras completadas por Roberto Grosseteste y Guillermo de Moerbeke, respectivamente, a mediados del siglo XIII. A partir de este siglo florece la escolástica y, con ella, la gran tradición de glosadores y comentaristas de Aristóteles, tradición que en suelo hispánico culmina en el siglo XV con la figura de Pedro de Osma. La trayectoria del aristotelismo medieval no se circunscribe, sin embargo, al latín: también existe un aristotelismo vernáculo que nos ofrece, al menos desde el siglo XI, testimonios de traducciones de tratados aristotélicos o pseudoaristotélicos al alemán, al francés, al italiano o al castellano.

Más complicado es seguir la trayectoria medieval de Diógenes de Sinope, tarea emprendida por Sergio Guadalajara Salmerón en su contribución al volumen. La ausencia de una obra escrita que contenga una doctrina sistemática y la incompatibilidad de los postulados de la «secta del perro» con el cristianismo hacen que su recepción medieval sea mucho más discreta que la de otros filósofos antiguos. Prácticamente, la fortuna de Diógenes en la Edad Media equivale a la fortuna del libro sexto de las *Vidas, opiniones y sentencias de los filósofos más ilustres*, donde Diógenes Laercio reunió casi todo lo que sabemos hoy acerca del fundador del cinismo. Estas noticias se conservaron fundamentalmente a través de la tradición literaria árabe, que las recogió por vía bizantina y las aprovechó para su rica literatura sapiencial, que desemboca en Castilla durante el siglo XIII con obras como el *Libro de los buenos proverbios*, *La vida y las costumbres de los viejos y filósofos* y, sobre todo, los influyentes *Bocados de oro*. En el siglo XV se asiste a un resurgir de las traducciones y versiones de la vida y las anécdotas sobre Diógenes de Sinope, que a partir de entonces aparece en algunas enumeraciones de sabios antiguos.

Un agudo contraste ofrece el caso de Cicerón, cuya centralidad en el canon literario como modelo por excelencia de la prosa latina aseguró una difusión extraordinaria de sus obras, que se usaron continuamente en las escuelas medieva-

les. De ello se ocupa Guillermo Alvar Nuño en su capítulo, que recorre la gran fortuna de Cicerón desde el Renacimiento Carolingio (Alcuino de York, Rábano Mauro, Hadoardo) hasta Dante Alighieri, pasando por los autores vinculados a la escuela de Chartres y sus discípulos, Juan de Salisbury o el mismo Pedro Abelardo. El *Somnium Scipionis*, desgajado del *De republica* y comentado por Macrobio desde coordenadas platónicas, se confirma como uno de los textos ciceronianos más influyentes del período, hasta el punto de que servirá a Dante como modelo estructural en la tercera cántica de la *Commedia*. El resto del capítulo se centra en la tradición hispana: Cicerón aparece en los reinados de Alfonso X y Sancho IV, probablemente por influencia de Brunetto Latini, y su repercusión es a partir de entonces ininterrumpida; en el siglo XV las obras del arpinate encerrarán, por decirlo con Jeremy Lawrance, «las semillas del movimiento proto-humanístico en Castilla» (p. 156). Un panorama de la tradición textual, de las traducciones y de la influencia cultural de Cicerón, dentro y fuera de España, cierra esta contribución.

La recientemente fallecida Gemma Avenzoza se encarga de trazar la fortuna hispana de Valerio Máximo, cuyos *Dicta et facta*, conocidos a veces directamente y otras veces de forma indirecta, a través de florilegios, gozaron de gran popularidad en los siglos medievales. En el ámbito peninsular, corresponde a la versión catalana que Antoni Canals concluyó en 1395 el título de primera traducción hispana conservada de la obra de Valerio Máximo. La primera traducción castellana, que vierte la traducción de Canals, incluyendo sus glosas, es la que Juan Alfonso de Zamora lleva a cabo a principios del siglo XV. La segunda, ya de 1467, es la que completa Hugo de Urriés, esta vez a partir de una versión francesa. La mayor parte de la contribución de Avenzoza se dedica a rastrear con gran detalle las circunstancias y la circulación de estas traducciones.

Séneca fue quizá «el sabio por excelencia» (p. 237) en la Edad Media, seguramente por la compatibilidad de su moral estoica con el cristianismo, aspecto que llevó incluso a la invención de un intercambio epistolar ficticio del filósofo con san Pablo. De ello se ocupa Andrea Zinato en su capítulo del volumen que nos ocupa, presen-



tando un minucioso panorama sobre las biografías medievales del filósofo (cuya identidad se escindió entre el autor de las obras morales y el autor de las tragedias, pero a veces también se fusionó con la de su padre), sobre la tradición textual de sus diversas obras (también las apócrifas) y con especial atención a sus traducciones y versiones hispanas, que ocuparon a figuras centrales de nuestro siglo xv como Alfonso de Cartagena o Fernán Pérez de Guzmán.

Aún más influyente resultó Boecio y, muy especialmente, su *Consolatio Philosophiae*, «la obra traducida en mayor número de ocasiones en la Edad Media hispánica» (p. 305). Antonio Doñas es, en este caso, quien se ocupa de presentar su importancia como articulador de toda la *logica vetus*, del *quadrivium* y de numerosos conceptos filosóficos y teológicos que permean toda la cultura medieval, entre otros aspectos. Tal y como prueba la extraordinaria circulación de sus textos, la obra de Boecio ha funcionado como uno de los más firmes goznes entre el mundo antiguo y el mundo cristiano.

Sin duda, otro de los maestros de la Edad Media latina fue san Isidoro de Sevilla, de quien

se ocupan en su contribución José Vicente Salido López y Joaquín González Cuenca. El saber enciclopédico reunido en las *Etymologiae* fue uno de los principales canales por los que discurrió la cultura antigua en los albores de la Edad Media. La extraordinaria relevancia de esta obra explica asimismo la compleja tradición textual en que se nos ha conservado y de la que los autores del capítulo ofrecen un buen panorama general. Es algo llamativo, sin embargo, que solo contemos con una única traducción al castellano, contenida en un códice escurialense y en la que parecen haber participado dos manos distintas, seguramente una del siglo XIII y otra, más torpe, del xv.

Finalmente, el volumen se cierra con un capítulo que corre a cargo de sus coordinadores y que contiene unos índices exhaustivísimos que sirven al lector para buscar rápidamente autores u obras de su interés a lo largo de todo el libro.

Ekaitz RUIZ DE VERGARA OLMOS
Universidad Complutense de Madrid

E-mail: ekaitzru@ucm.es

<https://orcid.org/0000-0001-6101-0470>

DOI: <https://doi.org/10.25145/j.cemyr.2022.30.16>

